

## CONTESTACION

De

DON CARLOS FELICE CARDOT

*Señor Director,*

*Señores Académicos:*

Pocos meses han pasado del día en que la Academia en cuerpo despidió los restos mortales del inolvidable compañero don Jesús Antonio Cova, cuando nos dejó definitivamente. En aquella oportunidad escuchamos la palabra elocuente, sincera y justa del colega que le decía frases de cariño y admiración al escritor e historiador que tanto trabajó por el prestigio de la Corporación, ora escribiendo obras de investigación e interpretación histórica, bien reeditando libros de grandes escritores venezolanos o extranjeros desaparecidos, o patrocinando ediciones de autores contemporáneos, que quizá sin su entusiasmo, es posible que hubiesen permanecido inéditas por mucho tiempo. Cova fue un entusiasta de la cultura, y un académico que prestó señalados servicios al Instituto. Se ocupó de incrementar su archivo y biblioteca; intensificó la catalogación de uno y otra; trató de salvar valiosos ejemplares dañados por el tiempo y por la incuria; fue celoso guardián de tantos tesoros bibliográficos y los cuidaba más que cosa propia, sin importarle las molestias que su actitud pudiese ocasionar a muchos; y con tesón admirable se dio a la tarea de enfrentarse a la restauración de este hermoso Palacio, una vez que fue destinado para asiento de las Academias Venezolanas, y no dio tregua a su labor hasta no ver finalizada su empresa, con la terminación de todos los trabajos y con la magnífica dotación que poseen hoy estos Cuerpos de alta cultura. Después logró que este edificio franciscano fuese declarado monumento nacional.

Cova fue un trabajador excepcional. Escritor fácil y agudo. Periodista combativo y combatido. Sincero en sus ideas, las cuales defendió con ardor. Si alguna vez se excedió en sus juicios y apreciaciones, tómese esa actitud como la manifestación de un hombre de una personalidad fogosa, de un temperamento impetuoso, y no como secuela de pasiones inconfesables. Ocupó el sillón letra "K" por más de cuatro lustros, sin que en ningún momento dejase de prestar sus

servicios. Por eso su nombre no podrá ser olvidado y la Academia constantemente habrá de tener para él un grato y justo recuerdo.

Para llenar la vacante producida a su muerte, fue elegido por unanimidad de votos el Dr. Blas Bruni Celli, joven y ya destacada figura de las ciencias y de la investigación venezolana, a la que se ha dedicado con notable provecho y visibles frutos. Bruni Celli cumplirá el próximo 3 de junio cuarenta años, y a pesar de sus agobiantes labores profesionales en el campo de la Anatomía Patológica y en la cátedra universitaria, le queda tiempo para dedicarse a la investigación histórica, como son testimonios los trabajos que ha dado a la luz pública.

Bruni Celli nació en Anzoátegui, pequeño y modesto pueblo enmarcado dentro de los términos y jurisdicción de El Tocuyo. Pueblo de campesinos sanos; centro de una región cafetera, en donde la bondad del clima y la feracidad de la tierra coadyuvan en toda empresa de trabajo. De ese pueblo salió un día a buscar en centros apropiados la cultura que anhelaba su mente, que desde muy temprana juventud daba muestras singulares de inteligencia y seriedad.

Cuando disfrutábamos de nuestras últimas vacaciones universitarias, tuvimos ocasión de conocerle en los tiempos en que cursaba la primaria educación y ya se destacaba entre sus compañeros por su aplicación, por su recta conducta y por el anhelo de conocerlo todo. Luego comenzará la secundaria en el Colegio Federal de El Tocuyo. Será un estudiante de avanzada. Correlativamente con sus obligaciones escolares estudiará teoría musical y logrará ser un apasionado lector de música selecta, pero no un ejecutante. Son los días en que nace en él la afición por la investigación histórica, desempolvando añejas noticias en los infolios cuatriseculares del archivo de la Iglesia de Nuestra Señora de la Concepción de El Tocuyo, así como aprovechando la oportunidad para lograr —en unión de algún otro compañero aficionado como él a estas actividades— una mejor organización de dicho archivo, lo que ha contribuido en buena parte a su salvación, no obstante los graves contratiempos que ha sufrido la vieja ciudad. Después concluirá sus estudios pre-universitarios en el Colegio La Salle de esta ciudad e iniciará los estudios médicos que habrá de coronar con la obtención del grado de doctor en la Universidad Central de Venezuela, en 1950, formando parte de la Promoción Augusto Pi-Suñer. Realizará luego el post-grado de Anatomía Patológica en el Servicio de Anatomía Patológica del Hospital Vargas de Caracas (1950-1956) y en el Hammersmith Hospital de Londres, en 1959.

Antes que el ejercicio profesional propiamente tal, la docencia y la investigación científica le ocuparán su atención, casi con exclusividad. Desde instructor de la Cátedra de Anatomía Humana

Descriptiva, en su época de estudiante universitario, hasta la de Profesor Titular y Jefe de la Cátedra de Anatomía Patológica de la Universidad Central, así como la de Profesor de cursos de postgrado de Medicina Interna en la Escuela de Salud Pública de la Universidad Central de Venezuela y de Director del curso de Post-grado de Anatomía Patológica en la misma, ha recorrido, en breves años, y merced a sus conocimientos especializados y rectitud de criterio y de conducta, los más halagüeños peldaños de la docencia superior venezolana, por el solo esfuerzo de una vocación sostenida y mantenida invariablemente encauzada a nobles y útiles finalidades. Conjuntamente con esas funciones docentes, ha desempeñado diversos y responsables cargos asistenciales, y como autor de trabajos científicos que llegan casi a la centena, ha recibido el llamado de corporaciones que lo han invitado a formar parte, tales como la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina, de la cual es actualmente su Presidente; la Academia Panamericana de Historia de la Medicina; la Sociedad Venezolana de Anatomía Patológica; la de Gastroenterología y finalmente, la Academia Nacional de Medicina que lo eligió, en 1962, Miembro Correspondiente Nacional, y posteriormente, individuo de Número, titular del sillón N.º 15, que ocupó hasta su fallecimiento el distinguido médico, doctor Temístocles Carvallo.

Pero Bruni Celli no se ha detenido únicamente en su especialidad médica en la que ha conquistado, como hemos visto, merecidos lauros, sino que su afición por la investigación histórica lo ha movido a ocupar parte de su tiempo en esta rama de la cultura, y ha logrado, por su esfuerzo y tenacidad, presentar serios estudios de investigación, así como magníficas recopilaciones que constituyen testimonios inequívocos de su vocación.

Apasionado por todo lo que atañe a nuestro sabio, el Dr. José Vargas, Bruni Celli ha dedicado varios estudios sobre facetas diversas de su esplendente personalidad, y también se ha dado a la tarea de recopilar, sistemáticamente, todo lo que salió de la pluma del ilustre sabio venezolano, y ha logrado preparar la edición de sus Obras Completas en diez volúmenes, de los cuales fueron publicados, durante el año de 1958, los tomos I, IV y VI y en la actualidad está en proceso de edición su totalidad. Esta compilación ha sido una empresa ardua, recia; no el trabajo de un mero aficionado a estas actividades, sino de quien conoce la materia de que se trata y las reglas y sistemas para su elaboración. Obra de largos años de investigaciones no sólo en Venezuela sino también en el exterior. De consulta en cuantos archivos públicos y privados eran menester. Pero de allí saldrá Vargas en su exacta dimensión científica, que magnificará su alta jerarquía de hombre de elevada estatura en la Venezuela cultural y patriótica de todos los tiempos. Y así como nuestro sabio ha

sido espejo de civismo y ejemplo de las más señaladas virtudes; así como ha sido llamado justicieramente el fundador de los estudios de medicina moderna en Venezuela —despojados ya de la teorización característica del siglo XVIII—, con la publicación de sus Obras Completas, en donde nada se ha omitido, se pondrá de relieve de cuerpo entero el sabio médico empapado de las mejores corrientes de la época; el gran naturalista que logró incorporar a la ciencia multitud de especies vegetales y minerales; el cirujano que inició en Venezuela las modernas corrientes de este calificado arte; su gran labor universitaria; su criterio moderno en relación con la educación pública; su digna función parlamentaria; su pensamiento humanístico y, en fin, las duras amarguras de su corazón puestas de manifiesto a través de su correspondencia privada. Cuando esta labor esté totalmente concluida, se podrá valorar la exacta dimensión de un Vargas, conocido más por su gesto digno ante la barbarie irresponsable, que por la altura de su sabiduría y por la obra inmensa que dejó a la posteridad. Y esta tarea la habrá realizado el Dr. Bruni Celli a quien le será por ello deudora la cultura venezolana. La ha cumplido por su admiración a Vargas y por el entusiasmo que le inspira su personalidad científica y humana. No ha sido obra de encargo. Y desde la investigación de los volúmenes, la corrección de pruebas de imprenta y la elaboración de índices analíticos, todo ha sido labor suya. Es la oportunidad, por espíritu de justicia, de proclamarlo desde esta tribuna, no sólo por un deber impretermitible, sino para que constituya estímulo a un esfuerzo y para que otros; sigan este camino que redundará en positivos bienes para nuestra cultura.

El Dr. Adolfo Ernst ha sido también personaje que ha capitalizado el cariño y la admiración de nuestro nuevo compañero. No sólo porque le ha dedicado varios estudios a aspectos diversos de su vida, sino por haber logrado recopilar en cinco volúmenes la tarea desarrollada en nuestro país por este ilustre sabio alemán que tanta influencia ejerció en la formación de varias generaciones de altos representantes de nuestras ciencias y letras. Ernst fue, en Venezuela, un abanderado. Su nombre es patrimonio nuestro. Le dio a la Patria lo mejor que poseía. Y en la recopilación que ha realizado el nuevo académico —y la cual consta de cuatrocientos cincuenta y ocho trabajos precedidos por estudios preliminares suyos—, está de presente el contenido del esfuerzo de un sabio extranjero que quiso darlo todo a su nueva patria, al contribuir al desarrollo y divulgación de lo venezolano. La labor del nuevo académico realizada en este particular es altamente meritoria y es justo hacerlo constar.

Otra obra de recopilación que también ha realizado nuestro nuevo colega son las Actas de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas (1867-1878), la cual está en vías de publicación. Allí se verá el esfuerzo de un grupo de hombres, quienes trabajaban en equipo por el conocimiento del país y por levantarlo del largo letargo en que nuestros endémicos trastornos lo mantenían sumido.

Como trabajos de investigación histórica, de que es autor el recipiendario, queremos referirnos especialmente a sus libros *Historia de la Facultad Médica de Caracas*, publicado en 1957 y sus *Estudios Históricos*, editado en los últimos días del año próximo pasado. En ambos está puesto de presente sus dotes de investigador, su escrupulosidad en el manejo de las fuentes y su recto criterio histórico.

Con gran acopio documental presenta el primero de los libros que hemos señalado, el cual tiene más de cuatrocientas páginas de importantes noticias referidas al tema. Posiblemente en sus investigaciones sobre el Dr. Vargas, le vino la idea de escribir esta obra tan ligada en sus años primeros a la figura de aquél y de tanta utilidad, ya que mediante ella pueden conocerse las vicisitudes de nuestra Facultad Médica desde el momento en que el Libertador, durante la última visita a su tierra natal, en 1827, le dio creación legal. Y sucesivamente, su desenvolvimiento, organización, fundación de cátedras, nóminas de profesores y auxiliares, legislación y todo cuanto detalle era menester, de manera de presentar no un mero corte transversal, sino una amplia y documentada relación de tan importante cuerpo docente. Con este trabajo cumplió en forma amplia y prolija, la formalidad estatutaria para incorporarse a la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina. Con un trabajo mucho menos minucioso, ha podido hacerlo, pero se extremó en el hasta presentar una verdadera obra que constituyese, en el futuro, una guía para quienes quisiesen empaparse hasta en los nimios detalles de institución docente de tanta trascendencia para el desarrollo de las ciencias médicas en Venezuela.

Sus *Estudios Históricos* constituyen una agrupación de materias diversas, en donde muchas guardan la debida conexión por la intención que las motivó o por el contenido de las mismas. Los siete estudios iniciales están dedicados a aspectos varios de la figura del Dr. Vargas y los dos siguientes a Ernst. Después vienen trabajos sobre próceres de la lejana provincia, sobre añejas instituciones benéficas o investigaciones bibliográficas de vario interés. Y luego de algunos estudios preliminares escritos para diversas obras, finaliza con materias relativas a la historia de la medicina. Todo el libro es producto de una vocación desarrollada en medio de las apremiantes actividades de

la investigación científica, la cátedra y el ejercicio privado de su especialidad médica. Porque, como hemos dicho, el nuevo colega multiplica su tiempo, y dotado de una extraordinaria disciplina y método para el trabajo, encuentra muchas horas, que sustrae al necesario reposo o asueto, para cultivar temas de su predilección. Ejemplo y norma que, si se generalizara, sin duda habría de producir positivos frutos, aumentando notablemente los trabajos de investigación en nuestro país.

Para recibirse en esta Academia nuestro colega ha preparado, como hemos tenido ocasión de apreciarlo por la lectura que acaba de hacer, una monografía sobre *Los secuestros en la Guerra de Independencia*, de gran originalidad, que antes, en forma sistemática, no había sido enfocado por ninguno de nuestros historiadores.

Testigos hemos sido del agobiante trabajo realizado por el nuevo colega. Y ha podido lograrlo porque tiene excepcionales condiciones de contracción y disciplina y, como investigador, posee auxiliares útiles que le ayudan a facilitar su labor. Aficionado a la fotografía, ha llegado por este camino a familiarizarse con el microfilme que maneja con destreza. Por sí mismo obtiene, en poco tiempo, las copias de documentos que previamente ha seleccionado; hace el revelado y la ampliación. Finalmente, con su habilidad de mecanógrafo, redacta y pone en copia definitiva sus trabajos. Por eso esta monografía tan documentada y minuciosa, ha podido llevarla a cabo en un tiempo relativamente corto. Consultó innumerable documentación de primera mano en el Archivo General de la Nación, así como en otros repositorios. Cuantas obras históricas, relacionadas con el tema tratado, fueron examinadas y cotejadas. Por eso logró elaborar este trabajo, que a pesar de tratar exhaustivamente la materia cuestionada, él mismo lo considera como "preliminar", susceptible de ser ampliado en el futuro por otros especialistas, y completado en lo que respecta a algunos años, en donde la ausencia de documentación —tal vez no perdida definitivamente— hace imposible, por ahora, su estudio. Ojalá que próximamente pueda llenarse este vacío existente. Porque es evidente que en relación con la investigación histórica, cada día aparecen más revelaciones, y es imposible, por tanto, referirse a obras definitivas, cuando aún queda abierta la puerta a nuevas pesquisas.

La confiscación general apareció en Venezuela en la época de Monteverde, perdida ya la "utópica" Primera República. Los patriotas venezolanos de 1810 y 1811 no hicieron uso de esta terrible arma contra sus enemigos. No presintieron que la lucha iba a ser larga y que la secesión llenaría las páginas de una epopeya de sacrificio, de valor y de voluntad inigualable. Que de ella saldría, sobre las ruinas de lo que había sido un país floreciente al alborear el siglo, un nuevo

Estado, empobrecido y diezmado, pero lleno de una voluntad encaminada hacia la libertad. Y dejaron marchar los acontecimientos sin vislumbrar un panorama de tragedia. Quizá pocos presintieron que pronto iba a sepultar este primer ensayo autonómico la debilidad del nuevo gobierno y una serie de factores militares, políticos y naturales que abrieron el camino a la reacción realista y llevaron a un oscuro oficial de marina a convertirse en el jefe de la contrarrevolución.

Monteverde iniciará los secuestros políticos en nuestra etapa republicana, los cuales, en los días coloniales, habían sido sólo secuela de muchos "juicios de residencia", y especialmente en la última mitad del siglo XVIII, arma política contra los desafectos a la monarquía o a sus agentes en las Indias. Aquel aventurero con fortuna, violando la "capitulación" de San Mateo, dio rienda suelta a la venganza política, no sólo con la prisión y deportación de muchos patriotas, sino también con el empleo de las confiscaciones, casi en forma indiscriminada. Había que golpear a los que hubiesen osado enfrentarse a la monarquía, así estuviese suspensa y ejercida sólo por quienes no representaban ningún atributo legítimo de gobierno.

Reconquistado el país en la fulgurante Campaña del año 13, la presencia de Bolívar, ya Libertador, abría una nueva etapa en la lucha. Ya no eran los "románticos" y "utopistas" hombres de la "Patria Boba", era un caudillo genial, joven y de aguda visión, que había reaccionado desde su Manifiesto de Cartagena contra los procedimientos y actitudes de los personeros de la Primera República, y contra los instrumentos legales con que aquellos ilustres y probos varones creían que podían lograr el establecimiento de la República en un país que acababa de salir del coloniaje, pero que conservaba, como era natural, la vigencia de todas las instituciones, costumbres y mentalidad que eran privativas del antiguo régimen. Y Bolívar instalará también el sistema de secuestros durante la Segunda República, respondiendo de esa manera a la actitud de Monteverde y los suyos. Y logró herir, con esta medida, a los enemigos de la Independencia.

Con un caudal de datos provenientes de irrecusables fuentes documentales, el nuevo colega estudia estos dos períodos de la discutida "institución", y llega a la conclusión de que en ninguna de las oportunidades constituyó coyuntura favorable a las finanzas del país. Fue, al contrario, fuente de odios y medios para ilícitos manejos.

Sucumbida nuevamente la República, se inician de nuevo los secuestros. Contra los patriotas venezolanos no hubo piedad. Estaba en pleno apogeo la guerra a muerte, y si la vida de unos y de otros de los bandos contendientes no era respetada, mucho menos sus patrimonios. La pesquisa realista no sólo llegó hasta los propios actores del drama independentista, sino que se

extendió a los sospechosos del "contagio revolucionario" y hasta modestos empleados de la administración pública. Casas urbanas y rurales; florecientes fincas en los vecindarios de Caracas; ricas dehesas en las tierras llaneras; posesiones en Barlovento; hermosas haciendas en los valles de Aragua; todo fue objeto del "secuestro" realista que en esta etapa se iba a prolongar por siete largos años, sin que las medidas fueran a detener el movimiento, pues los patriotas venezolanos continuaron sin vacilaciones en su lucha, hasta lograr el triunfo final después de innúmeros sacrificios. Entretanto, don José Francisco de Heredia, el "regente de la piedad heroica", algún Oidor de la Real Audiencia y hasta el gobernador interino Cevallos, clamaban ante la Corte porque cesaran los medios arbitrarios que se estaban poniendo en juego, los cuales menoscababan la autoridad de aquel tribunal y hacían nugatoria la administración de justicia. La lejana voz logró ser oída en la Corte, quien devolvió la jurisdicción conculcada por la arbitrariedad, y el supremo tribunal comenzó nuevamente a actuar. Pero el país era una ruina general, ya que la guerra devastadora y los irregulares manejos de los administradores de bienes confiscados, habían destruido la riqueza nacional. Desde 1817, como lo anota el recipiendario, el Libertador, ya dueño del Orinoco, comenzó a responder a la guerra de represalias económicas. Tomó con los bienes de los enemigos similares medidas que las que ellos habían aplicado a los patriotas. Pero los procedimientos se fueron humanizando y no llegaron hasta la mujer y los hijos de los implicados. Después se promulgaron una serie de disposiciones conexas y finalmente toda una profusa legislación sobre la materia, de la cual nos da buena cuenta el nuevo colega. Las necesidades de la guerra y la escasez de numerario hizo que se tomaran aquellas medidas y que se prolongaran más allá del triunfo definitivo. Había que cancelar los llamados "haberres militares", y se operaba, por esta causa, una sustitución de propietarios. Sólo Bolívar, dentro de su grandeza genial y algunos excepcionales actores de la guerra de independencia, iban a estar ausentes de la repartición de las tierras yermas, lo único que quedaba de la floreciente riqueza agrícola de otros tiempos.

Multitud de informaciones sobre medidas y procedimientos de aquellos tiempos nos ofrece el Dr. Bruni Celli. Valiosos datos para diversos especialistas. El economista, el político, el sociólogo, encontrarán en este trabajo muchas informaciones que puedan permitirles llegar a propias conclusiones. Podrán estudiar la utilidad o inutilidad de las medidas, y ver cómo influyeron en la suerte final de la guerra. Si fueron beneficiosas para unos y para otros de los que intervinieron en el duro drama, o al contrario, contribuyeron a concitar mayores odios que



habrían de influir en la prolongación de la hecatombe. Finalmente, si las duras e implacables medidas tuvieron a la postre, para quienes las aplicaron, alguna repercusión positiva en el orden de acopiar los fondos necesarios para los gastos de la guerra.

Los secuestros, las confiscaciones, los embargos, tienen una vieja raigambre romana, cuando junto con la pena de muerte o de deportación se aplicaba implícitamente la pena fiscal que encarnan aquellas medidas. Pasó a la Edad Media, especialmente para los acusados de herejía, y se ha prolongado a través de las vicisitudes de muchos países. Pero su aplicación no era general e indiscriminada, sino que respondía a hechos y situaciones particulares. Y se extendió hasta los tiempos modernos, oportunidades en que se ha aplicado en una forma que hace evocar los viejos sistemas del período de la emancipación, con un orden procedimental que tergiversa el concepto permanente de la carga de la prueba, y en donde la verdad procesal se suplanta con frecuencia con las retaliaciones políticas, sin que la mujer, copartícipe de la sociedad conyugal y ajena casi siempre a las responsabilidades y actitudes del marido, se salve de lo que en muchos casos vienen a ser confiscaciones forzosas, aunque encubiertas bajo el ropaje de juicios contradictorios. La historia, que es "maestra de la vida", tendrá que pronunciar su juicio desapasionado sobre esta materia tan discutida.

En el entretanto, este trabajo del nuevo colega, por su novedad, por su aparato documental y por los varios y sugestivos aspectos que encierra, constituye un valioso aporte para el estudio del fenómeno político-económico de los heroicos tiempos de nuestra emancipación política, y además conduce a profundas reflexiones sobre nuestro acontecer nacional.

*Señor:*

Al felicitaros por vuestro trabajo de incorporación y presentaros los parabienes de la Academia por vuestro ingreso a ella, estoy seguro que vuestra presencia en su seno será la de un entusiasta trabajador y de un hombre para quien las inquietudes culturales, el cultivo de la docencia y el concepto de responsabilidad y de honorabilidad constituyen permanente anhelo del vivir.

Bienvenido, señor, a la Academia Nacional de la Historia.

Caracas, 1. ° de abril de 1965.